

REVISTA DE ARTE

Publicación bimestral de divulgación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile

AÑO III

1937

NÚM. 13



Roberto Humeres Solar, en su estudio.

ROBERTO HUMERES, PINTOR

ME parece oportuno hacer algunas reflexiones acerca de los rumbos actuales de nuestra joven pintura, con ocasión del Salón Oficial de Artes Plásticas, que permaneció abierto en la Sala Chile del Museo de Bellas Artes. Tal vez una de las observaciones principales sea aquélla que dice relación con el concepto que tienen nuestros artistas de la creación artística, de lo que en ella existe de significativo, por su esfuerzo ordenado y sostenido.



Barrio de Alcántara, Lisboa.

Oleo por Roberto Humeres.

Pertenece a Mme. Mandine Chagron, Paris.

Se observa en este conjunto, como en todos los presentados en los últimos años, gran número de obras que no son sino improvisaciones más o menos afortunadas, que dan la sensación de ser obras representativas de un corto período en el desarrollo de la capacidad artística del pintor. Hay fragmentos interesantes, pero también se observan lagunas. Por desgracia, muchos prefieren todavía la rebusca, a las realizaciones. Otros exhiben telas que deberían guardar en sus talleres como simples estudios, que acaso les pudieran servir, en otra ocasión, de apoyo o de antecedente valioso.

Creo ahora oportuno hacer estas observaciones, porque me parece equivocado el concepto que tiene la mayoría de nuestros artistas sobre lo que debe ser un Salón Oficial de Bellas Artes.

A mí me parece que no se deberían mostrar estas obras, porque no representan, como he dicho, más que una etapa o un estudio, casi podríamos decir, un accidente en el camino del perfeccionamiento pictórico. Y fuerza es confesar que tal estado de cosas no es sólo nuestro; es éste un vicio generalizado en Europa desde hace más o menos cincuenta años, y en el que,

sin duda, han tenido culpa los Marchand. Por otra parte, estimuló este vicio, el creciente aumento de las ventas de cuadros iniciado con la época impresionista y que coincidió con el período de auge económico anterior a la Guerra.

Antes de esta época, tal criterio era inconcebible en los Salones de Pintura. Y si no, recordemos la época de Delacroix, de Corot, de Ingres y Coubert, o las que la precedieron.

Ahora bien, entre nosotros se ha ido muy a menudo, más lejos. Aquí se admira la espontaneidad en el arte; se la cultiva y se la estimula. Hay quienes no ven talento, sino en aquellos artistas capaces de trabajar con rapidez. Y es que casi siempre estas cualidades se confunden lamentablemente con la idea que se tiene del arte fuerte; aumentando la gravedad de esta confusión, si se analiza nuestra idiosincrasia latinoamericana, considerando que en nuestro continente abunda la gente de talento. Ocurre, entonces, que nuestros valores se pierden, en su inmensa mayoría, por falta de constancia y de método en el trabajo, y, especialmente, porque esta facilidad natural produce, como consecuencia, una prematura confianza en la propia capacidad, lo que, agregado a la indiferencia e incomprensión de nuestra sociedad, impide al artista profundizar más en su obra.

Sobre esto mismo, Delacroix escribió en cierta ocasión que «los grandes genios rara vez



Paisaje de Cala Ratjada, Mallorca.

Oleo por Roberto Huméres.

Pertenece a M. Auguste Chagnon, París.



han improvisado». Pensemos, todavía, en los grandes maestros como Rafael, Tiziano, Tintoretto, Poussin, Watteau, y nos convenceremos, por sus obras, que ellas han sido el resultado de un trabajo metódico y tesonero.

Debemos, entonces, reaccionar contra esta tendencia hacia la economización de esfuerzo a que nos empuja el ambiente de esta época. Justo es agregar, sin embargo, que a pesar de todas las deficiencias anotadas, nuestros Salones Anuales, año tras año, van mejorando la calidad de sus



Paisaje de Cagnes.

Oleo por Roberto Humeres.
Pertence al Museo de Toledo, (Ohio) U.S.A. (Foto Quintana)



«Flores».

Oleo por Roberto Humeres.

conjuntos, cosa que en gran parte se debe a que nuestras autoridades educacionales hayan comprendido su importancia al estimularlos. Digamos todavía, que esto no es suficiente. Es preciso acelerar este proceso, modificando el criterio con que juzgamos a menudo los Salones Anuales y las exposiciones particulares. Esta tarea deberán tomarla a su cargo, necesariamente, los críticos y los jurados, por ser los organismos encargados de sancionar o censurar y, en cierto modo, de ilustrar o encauzar el gusto del público.

He creído oportuno hacer estas observaciones generales

al Salón de este año, antes de referirme, aunque someramente, a la obra de Roberto Humeres Solar, justamente porque él constituye una de las excepciones más elocuentes en nuestro medio, ya que se trata de un artista que ha trabajado, desde sus comienzos, sin premura, ordenadamente, en busca de la depuración de sus medios, lo que le ha permitido ya ofrecer hermosos ejemplos en sus obras llenas de la más fina sensibilidad.

A pesar de ser todavía un muchacho, no titubearé en colocar a Roberto Humeres en el primer plano de los artistas nacionales, ya que lo estimo de la misma cepa espiritual que Burchard y Ortiz de Zárate.

Su pintura atestigua una visión de extraordinaria sensibilidad y un don excepcional de la armonía. Subsiste en él, como en los mejores exponentes de la pintura actual, la exuberancia del color y la fuerza expresiva del dibujo. El uso y abuso de los tonos puros a que nos llevó la influencia impresionista y que tanto choca aún hoy en día en nuestras exposiciones, no logró influenciarlo; su arte es sobrio y ofrece, sin duda, más solidez y verdad que tantos sistemas que se nos han presentado en los últimos tiempos.

Humeres no gusta de teorías. Ninguna moda o corriente en boga le ha influenciado. Sus interpretaciones del mundo físico no tienen nada de cerebral ni abstracto, y tiene horror



Naturaleza Muerta.
Oleo por Roberto Humeres.
Pertenece a
Mr. Spruille Braden, U.S.A.
(Foto Quintana).



Oleo por Roberto Humeres.

Salón Oficial 1936.
(Foto Quintana).

a los alardes de la técnica, vacíos de significación, porque su espíritu refinado no podría tolerarlos. Trabaja lentamente, buscando con constancia inflexible sus medios de expresión. Es así como ha logrado que su arte gane, año tras año, en profundidad e intensidad.

Se puede decir, en general, que su pintura es optimista. Pintar es para él motivo de alegría. Bastaría citar algunos de sus paisajes para comprenderlo, porque es en ellos donde se pueden apreciar mejor sus cualidades de colorista refinado y lleno de íntima poesía y donde, a mi juicio, Humeres ha alcanzado mayor seguridad y libertad expresiva. Me bastará citar, en apoyo de esta idea, el magnífico paisaje que presenta al actual Salón, y aquél que fué a Pittsburg el año pasado y que fué adquirido allí por el Museo de Toledo (Ohio).

La evolución de Humeres es lenta y cuidadosa, como todo aquello que va lejos. En sus comienzos, en nuestra Academia de Bellas Artes, fué influenciado por su maestro, Grigoriev, como c así

todos lo fuimos. Pero esta influencia, que en muchos ha sido perjudicial, no duró en él mucho tiempo. Su larga permanencia en Europa, a donde fué enviado por el Gobierno, a comienzos de 1929, formando parte del grupo de artistas pensionados, le dió ocasión de estudiar y obtener su título de Arquitecto Urbanista de la Universidad de París. Allí, al contacto de los principales Museos y Academias, y con ayuda de su esfuerzo inteligente y tesonero, logró depurar su espíritu y alcanzar una temprana madurez.

Me complace, pues, tener la oportunidad de referirme a este artista, oportunidad que aprovecho, al mismo tiempo, para hacer un llamado a los más jóvenes, a aquéllos que comienzan a recorrer este mismo camino, muchas veces ingrato, a fin de que mediten y tomen experiencia de este arte ponderado, sobrio y profundo, y que, en el concepto mío, constituye al mismo tiempo que un ejemplo, un guía para los que han de tomar el mismo camino.

Héctor Banderas Cañas
(Profesor de la Escuela de Artes Aplicadas).



Paisaje de Cagnes.
Oleo por Roberto Humeres.
Pertenece al autor
(Foto Quintana).